

tos que había recogido y de la inutilidad de sus esfuerzos, le impacientó el rostro frío del señor Fauchelevent y exclamó con vivacidad, que casi participaba de la vibración de la cólera:

—Mi salvador, sea quien quiera, estuvo sublime. Sabeis lo que ha hecho? Intervino como un ángel. Se arrojó en medio del combate, me arrebató de allí, abrió la alcantarilla y se bajó á ella conmigo á cuestras. Tuvo que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado, en la profunda oscuridad y al través de las cloacas, con un cadáver en hombros, sin más objeto que el de salvarle, y aquel cadáver era yo. Sin duda se dijo:—“En ese miserable puede que quede aun un resto de vida, y por salvarla voy á aventurar mi existencia.” No la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso que daba seria para él un peligro, y la prueba está en que al salir de la alcantarilla fué preso. ¿Sabeis por qué hizo todo eso? Para esconderse despues, para no recibir recompensa alguna. ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen míos!...

—Vuestros son, le dijo Juan Valjean, interrumpiéndole.

—Pues los daría por encontrar á ese hombre, le respondió Mario.

Juan Valjean guardó silencio.

LIBRO SEXTO.

La noche toledana.

I.

El 16 de Febrero de 1833.

Fué la noche de la boda de Mario y de Cosette.

Pasaron el día con felicidad, aunque no tuvieron la fiesta que soñaba el abuelo; esto es, una mágia con grupos de querubines y de Cupidos sobre las cabezas de los novios; una boda digna de figurar en un retablo.

En 1833 la moda de los casamientos no era la misma que en la actualidad. Francia no había tomado aun de Inglaterra la exquisita delicadeza de llevarse á la mujer fuera de su país, de huir al salir de la iglesia, de ocultar la dicha avergonzados y de combinar la conducta del que ha hecho bancarrota con las de-

licias del cántico de los cánticos. Aun no había comprendido la castidad y decencia que supone llevar entre vaivenes el paraíso dentro de una silla de posta; en entremezclar su misterio con los chasquidos del látigo; en elegir por lecho nupcial una mala cama de posada, dejando tras sí en la vulgar alcoba, á tanto por noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida, confundido con la plática del mayoral de diligencia y con la moza de la posada.

En la mitad del siglo diez y nueve en que vivimos no nos bastan el corregidor con su banda, el sacerdote con su casulla, la ley y Dios; necesitamos en Francia, para que la ceremonia sea completa, al postillon de Lonjumeau, con su chaqueta azul de vueltas encarnadas y botones con cascabel, con brazaletes de cuero, pantalon de piel verde, galones falsos, sombrero charolado, pelo largo y lleno de polvo, látigo enorme y botas de tres suelas para armonizar el conjunto.

En 1833 no se practicaba aun el casamiento á gran trote en la silla de posta.

En aquella época se creía que el casamiento era una fiesta íntima y social; que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica; que la alegría excesiva, si no traspasa los límites del decoro, no perjudica la felicidad, y que, por último, que excita la veneración el ver la fusión de los dos destinos de donde ha de salir una familia, y ver que la cámara nupcial sirve en el porvenir de testimonio de la fé jurada.

Tenían entonces, pues, el impudor de casarse en su casa.

La boda de Mario y de Cosette, siguiendo esa moda, hoy ya caduca, se efectuó en casa del señor Gillenormand.

Los trámites duraron algun tiempo é impidieron que ésta se celebrase antes del 16 de Febrero, que era martes de Carnaval, lo que hizo entrar en escrúpulos á la vieja solterona.

—Martes de Carnaval! exclamó el abuelo. Hay un refran que dice:

*La boda en Carnavales
dá hijos muy cabales.*

Celebrémosla, pues, ese día. ¿Quieres que la aplacemos, Mario?

—No, de ninguna manera, respondió el enamorado.

—Casémonos, pues, dijo el abuelo.

Así lo hicieron. Ese día estuvo lloviendo, pero el cielo siempre tiene un rincón azul al servicio de la felicidad, que

los amantes ven, aunque el resto de la creación esté bajo sus paraguas.

Juan Valjean entregó la vispera á Mario, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Como se verificó el casamiento bajo el régimen de la comunidad de bienes, los contratos de boda fueron muy sencillos.

La tia Santos era ya inútil á Juan Valjean, por lo que se la cedió á Cosette, que la ascendió al grado de doncella.

En la casa del señor Gillenormand amueblaron expresamente una bonita habitación para Juan Valjean, y Cosette insistió tanto en que se fuese á vivir allí, que casi se lo hizo prometer.

Días antes del fijado para el casamiento, á Juan Valjean le ocurrió un accidente. Se lastimó el dedo pulgar de la mano derecha; como no era cosa grave no permitió que nadie le curase; se envolvió la mano en un lienzo y llevó el brazo suspendido de un pañuelo. Le fué, pues, imposible firmar, pero lo hizo por él el señor Gillenormand, como á tutor sustituto de Cosette.

No conduciremos al lector ni á la alcaldía ni á la iglesia. Nunca se sigue hasta allí á dos enamorados, y la costumbre es volver las espaldas al drama desde este momento. Nos limitaremos á tomar nota de un incidente que, sin advertirlo la nupcial comitiva, aconteció en el tránsito de la calle de las Hijas del Calvario á la iglesia de San Pablo.

Estaban reparando entonces el empedrado de la extremidad de la calle de San Luis, que se hallaba interceptada desde la calle del Parque Real, por lo que los coches de la boda no podían ir directamente hasta San Pablo. Cambiaron de itinerario y torcieron por el boulevard.

Uno de los convidados hizo la observación de que, siendo martes de Carnaval, habría allí acumulación de carruajes.

—Por qué? preguntó el señor Gillenormand.

—Por las máscaras.

—Pues bien, vamos por esa parte. Estos muchachos se casan, y al entrar en la parte seria de la vida bueno es que se preparen viendo antes una mascarada.

Siguieron el camino del boulevard.

En la primera berlina iban Cosette y la señorita Gillenormand, el abuelo y Juan Valjean. En la segunda iba Ma-

rio, separado de la novia, segun es costumbre.

La comitiva nupcial, al salir de la calle de las Hijas del Calvario, tuvo que formar parte de la larga procesion de coches que rodaba desde la Magdalena á la Bastilla y desde la Bastilla á la Magdalena.

Las máscaras abundaban en el boulevard, á pesar de caer una lluvia intermitente. Paris, que tenía buen humor en el invierno de 1833, se disfrazó de Venecia. Hoy ya no se ven martes de Carnaval como aquellos.

Las travesías estaban llenas de gente y las ventanas de curiosos. Coronaban las azoteas de los peristilos de los teatros multitud de espectadores. Además de las máscaras, se veía el desfile propio del martes de Carnaval de toda clase de carruajes, que andaban ordenados y rigurosamente embutidos unos en otros, segun disponian los reglamentos de policía, como si andasen encajados en los rails de un camino de hierro. Los que ocupaban estos vehiculos eran á la vez actores y espectadores. Algunos municipales, colocados en los extremos, cuidaban de que no se detuvieran las dos interminables filas paralelas que se movian en sentido contrario, los dos arroyos de carruajes que corrian uno hácia arriba y otro hácia abajo, uno buscando la calzada de Antin y otro el arrabal de San Antonio. Los coches con escudos de armas, pertenecientes á pares de Francia y embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo, sin que nadie se lo estorbase: igual privilegio disfrutaban ciertas comparsas magnificas, como la del Buey Gordo.

En las dos filas de carruajes, que los guardias municipales de á caballo recorrian, había muchos carruajes modestos de familia, atestados de tias y abuelas, que llevaban junto á las portezuelas graciosos grupos de niños disfrazados, que parecian conocer que formaban oficialmente parte de la alegría pública y que iban penetrados de la dignidad de su disfraz, como graves funcionarios.

De vez en cuando sobrevenia un obstáculo en la procesion de los coches, que hacia detener una de las filas, hasta que el tropiezo desaparecía. El embarazo de un solo coche bastaba á paralizar toda la línea. Luego se ponian en marcha otra vez.

Los carruajes de la boda entraron en la fila que se dirigia á la Bastilla por el lado derecho del boulevard. En el punto

más alto de la calle de Pont-aux-Choux hubo una parada. Casi al mismo instante, en el otro extremo, la otra fila que iba hacia la Magdalena se detuvo también. Había en ese punto de la indicada fila un carruaje lleno de máscaras.

Estos carruajes, ó mejor dicho estas carretadas de máscaras, excitan el júbilo y la alegría de los parisienses. No podrían suprimirse sin que creyeran que la nación atravesaba circunstancias gravísimas.

Grecia necesitaba la carreta de Tesis y Francia necesita el coche alquilado de Vadé. Todo se presta á la parodia, hasta la parodia misma.

La saturnal, esa gesticulación de la belleza antigua, vá aumentándose progresivamente hasta llegar al martes de Carnaval, y la bacanal, que en otro tiempo se coronaba de pámpanos, mostrando su seno de mármol en semidesnudez divina, envuelta hoy con los harapos húmedos del Norte, ha acabado por convertirse en súcia mojiganga.

La tradición de los carruajes de máscaras se remonta á los tiempos más antiguos de la monarquía. En las cuentas de Luis XI se asignan al bailío del palacio veinte sueldos torneses para traer coches de mojigangas.

En nuestros días esas comparsas bulliciosas ocupan algun vehículo antiguo, ó abruman con su tumultuoso grupo algun landó descubierto. Veinte ocupan un carruaje que es para seis. Se acoplan en el pescante, en las bigoterías, en los resortes de la cubierta, en la lanza y hasta en los faroles. Están de pié, sentados, con las piernas cruzadas ó colgando. Las mujeres ocupan con desenfado las rodillas de los hombres. Desde lejos se ven por encima de innumerables cabezas esas pirámides de furiosos, esas montañas de alegría en medio de la batahola. El catecismo de las rabaneras descende de allí, y sus lecciones se esparcen por el pueblo. Allí se vocifera, se aulla, se ruge y se patalea; la alegría es feroz, el sarcasmo se reparte á derecha é izquierda, y la jovialidad deslumbra; dos matalones tiran de esa apoteosis de la farsa; es el carro triunfal de la risa.

Dichos impúdicos carruajes, en los que se vé como una capa de tinieblas, hacen meditar al filósofo. Dentro de ellos se percibe algo que tiene cierta semejanza con el gobierno y se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Triste es pensar que de tantas torpezas amontonadas resulte un total de alegría; que escalonando la ignominia sobre el oprobio se engolosine al pueblo; que el espionaje, sirviendo de cariatide á la prostitucion, divierta á la chusma; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un carruaje á ese monstruoso grupo vivo, mitad oropel, mitad harapos, brillo y basura, que canta y que ladra, y que aplauda un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas; triste es pensar que no hay fiesta posible para las multitudes si no sacan á relucir esas especies de hidras de la alegría con veinte cabezas. ¿Pero qué remedio? La risa de todos es cómplice de la degradacion universal.

Ciertas fiestas nocivas convierten al pueblo en populacho, y el populacho, como los tiranos, necesita bufones. Paris es la ciudad loca cuando no es la ciudad sublime.

El Carnaval forma parte allí de la política. Paris consiente que le diviertan, aunque sea por medios infames. No pide á sus señores, cuando los tiene, más que una cosa: que le den el cieno con colorete. Roma era lo mismo. Amaba á Nerón; á Nerón, que era un histrion titánico.

La casualidad quiso, como dijimos antes, que uno de esos disformes grupos de hombres y mujeres enmascarados, con el carruaje que los llevaba, se detuviesen á la izquierda del boulevard cuando la comitiva nupcial se paraba á la derecha. Dichos máscaras alcanzaron á ver á la novia.

—Calla! dijo uno de ellos; aquello es una boda.

—Una boda fingida, observó otro. En nuestro carruaje vá la verdadera.

Como estaban demasiado lejos para interpelar á los novios, y como temian que llamara la atencion de los municipales, los dos máscaras dirigieron la vista á otra parte.

El citado carruaje tuvo que haberse las con la multitud que le perseguia rechiflándole, y los dos máscaras que acababan de hablar y los demás que iban con ellos entablaron una lucha de garganta con el pueblo, agotando toda la carga de proyectiles de los mercados, y se empeñó un horrible tiroteo de metáforas entre la mojiganga y la chusma.

Entre tanto, otros dos máscaras del mismo carruaje, un español, que ostentaba gran nariz y descomunales bigotes negros, y una arrabalera flaca y jóven,

cubierta con antifaz, fijaban su atencion en los personajes de la boda, y durante la granizada de insultos hablaban en voz baja.

Su diálogo se perdía entre el tumulto. Como la lluvia habia mojado el carruaje, soplaban viento frío y la jóven iba descotada, tiritaba y tosía mientras contestaba á su compañero.

Hé aquí la conversacion que tenian:

—Dime.

—Qué, padre?

—Ves aquel viejo?

—¿El que vá en el primer carruaje de la boda?

—El que lleva el brazo colgando de un pañuelo negro.

—Sí. Y qué?

—Que yo le conozco.

—Bah!

—Que me ahorquen si no le conozco. ¿Puedes ver á la novia inclinándote un poco más?

—No.

—Y al novio?

—En ese carruaje no vá ningun novio.

—Sí que vá.

—Como no sea el otro viejo...

—Procura ver á la novia inclinándote.

—No puedo.

—Lo mismo dá. Te digo que conozco al que lleva el brazo vendado.

—Y qué ganas con eso?

—Quién sabe!

—Poco me gustan á mí los viejos.

—Es que le conozco.

—A mí qué me importa!

—Cómo diablos asiste á la boda?

—También asistimos nosotros.

—De dónde vendrá?

—No lo sé.

—Escucha. Hay una cosa.

—Qué cosa?

—Baja del carruaje y sigue esa boda.

—Para qué?

—Para saber adónde se dirige y lo que es. Anda, hija mia, tú que eres jóven.

—No puedo dejar el carruaje.

—Por qué?

—Porque estoy alquilada.

—Ah! Diantre!

—Debo un día de verdulera á la Prefectura.

—Es verdad.

—Si salgo del coche, me atraparé el primer inspector que me vea.

—Es verdad.

—Hoy me paga el Gobierno.

—De todos modos ese viejo me apesta.

—Los viejos te apestan? Pues tú no eres aun mujer.

—Está en el primer carruaje.

—Y qué!

—En el carruaje de la novia.

—Y qué más?

—Por consiguiente es su padre.

—Y á mí qué me importa?

—Te repito que es su padre.

—Que sea.

—Escucha.

—Escucho.

—Yo solo puedo salir con careta. Aquí estoy como escondido y nadie sabe quién soy. Pero mañana ya no habrá máscaras; es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Tendré que volverme á mi agujero y tú estás libre.

—No del todo.

—Pero más que yo.

—Bien. Qué es lo que quieres?

—Que averigües adónde vá esa boda.

—Que lo averigüe?

—Sí.

—Lo sé.

—Adónde vá?

—Al Cuadrante Azul.

—No lleva ese camino.

—A la Rapée.

—O á otra parte.

—Como que es libre.

—Las bodas van donde quieren.

—Es preciso que me averigües qué boda es esa y dónde viven los novios.

—Pues vaya una cosa fácil!

—Séalo ó no, quiero que lo averigües.

Obedéceme, Azelma.

Las dos filas de coches continuaron otra vez á los dos lados del boulevard su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista al de la novia.

II.

Juan Valjean sigue con el brazo en cabestrillo.

Pocos hombres realizan lo que sueñan; para eso, sin duda, habrá elecciones en el cielo; los mortales, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan. Cosette y Mario eran los elegidos. Cosette, en la alcaldía y en la iglesia, estuvo radiante y enamorada. La habia vestido la tia Santos, ayudada por Nicolasita.

Sobre una saya de tafetan negro llevaba el vestido de guipur que le regaló el señor Gillenormand, y realizaba su belleza un velo de punto, de Inglaterra,

un collar de perlas finas y una corona de azahar, todo blanco.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados, y debajo de los rizos se entreveían, aquí y allá, líneas pálidas, que eran las cicatrices de las heridas.

El abuelo llevaba la cabeza erguida y risueña, amalgamando más que nunca, en su traje y en sus modales, toda la elegancia del tiempo de Barras, y conducía á Cosette.

Reemplazaba á Juan Valjean, que, por el inconveniente del brazo, no podía dar la mano á la novia.

Este los seguía con la sonrisa en los labios y vestido de negro.

—Señor Fauchelevent, decía el abuelo, éste es un hermoso día que vá á poner fin á las aflicciones y á los pesares. En lo sucesivo no debe haber tristeza en ninguna parte. Decreto que reine la alegría. El mal no tiene derecho á existir. Debe causar vergüenza al azul del cielo que haya hombres desgraciados. El mal no proviene del hombre, que en el fondo es bueno. Todas las miserias humanas radican en el infierno, que llaman también las Tullerías del diablo. Hoy se me escapan hasta frases demagógicas, pero es porque ya no tengo opiniones políticas; hoy solo aspiro á que todos los hombres sean ricos y felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, después de haber firmado en los registros civil y eclesiástico, Mario y Cosette llegaron asidos de la mano, atravesando por medio de dos filas de gente, á las puertas de la iglesia y se dispusieron á subir al coche, la jóven apenas se atrevía á creer en la realidad de su ventura. Miraba á Mario, miraba al gentío, miraba al cielo; parecía como que temiese despertar, y atónita é inquieta estaba aun más hermosa.

Al regresar á casa entraron juntos en el primer carruaje, poniéndose Mario al lado de Cosette y enfrente del señor Gillenormand y de Juan Valjean.

La solterona ocupó el segundo coche.

—Hijos míos, les decía el abuelo, ya sois el baron y la señora baronesa, con treinta mil francos de renta.

Cosette, arrimándose cuanto pudo á Mario, acariciaba su oído con este susurro angélico:

—Conque es verdad! ¡Conque llevo tu nombre! Conque soy tuya!

Estos dos seres, radiantes de felicidad, se encontraban en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de in-

terseccion de toda la juventud y de toda la alegría.

Entre los dos no sumaban cuarenta años. Constituían el matrimonio sublimado. No se miraban, sino que se contemplaban. Cosette veía á Mario rodeado de una aureola, y Mario á Cosette dentro de un altar; y en aquel altar y en aquella aureola, mezclándose las dos apoteosis, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette y de un resplandor para Mario, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del ósculo y el sueño, el tálamo nupcial.

Sus tormentos pasados se convertían para ellos en presentes goces. Les parecía que sus insomnios, sus disgustos y su desesperación se transformaban en caricias y en rayos de luz, y les hacían más luminosa la halagüena hora que se les aproximaba.

Si hubieran sufrido menos anteriormente, sería ahora menor su felicidad. La prolongada agonía de su amor tuvo por término una ascensión.

Semejante día es una mezcla inefable de sueños y de certidumbres. Se posee y se forman suposiciones.

¡Indecible es la emoción de ese día, en el que á media mañana se piensa en la noche!

Las delicias de aquellos dos corazones rebotaban sobre la multitud, comunicando la alegría á los que los veían pasar.

En la calle de San Antonio, delante de San Pablo, se detenía la gente para verlos al través de las ventanillas del coche.

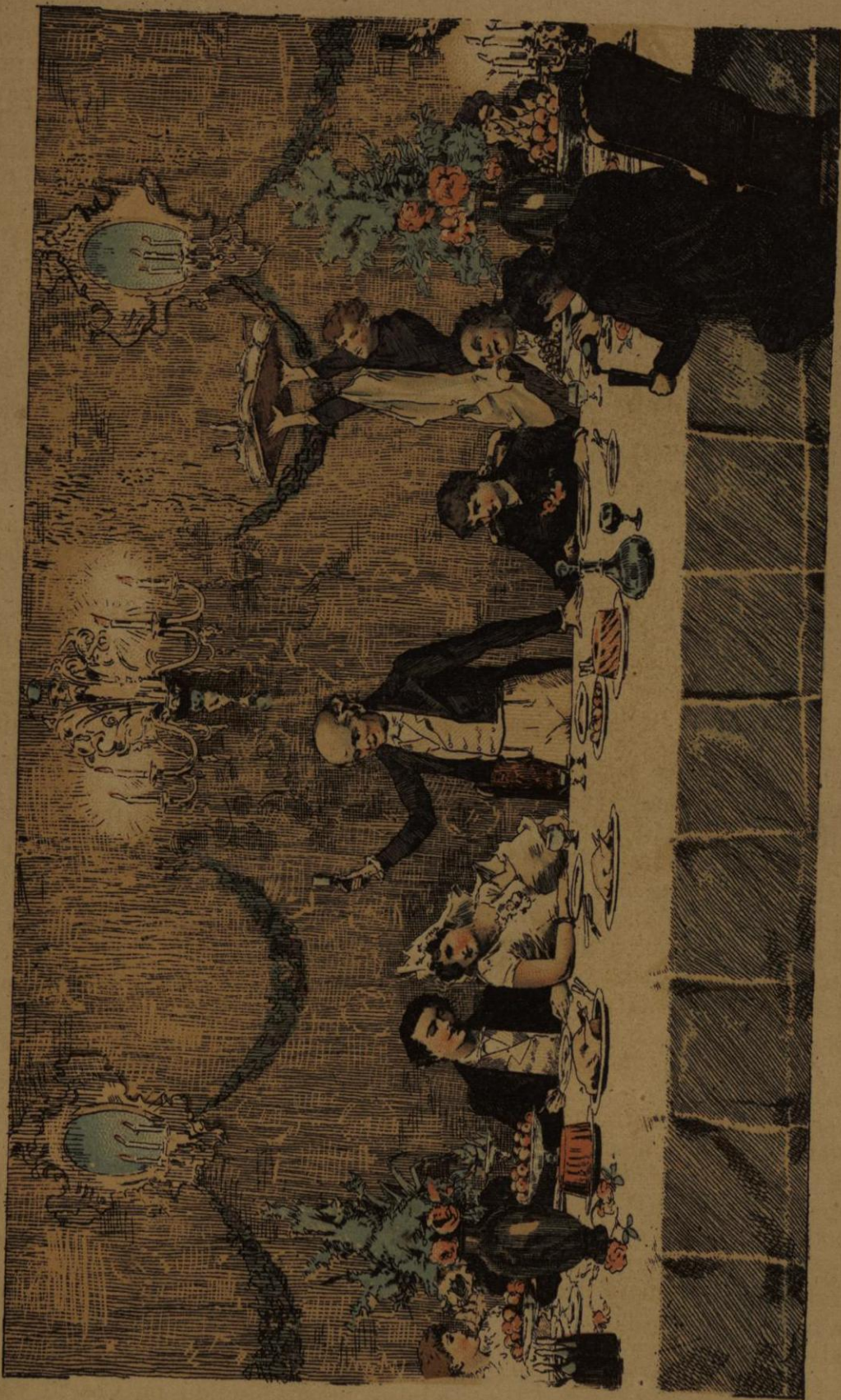
Luego entraron en la calle de las Hijas del Calvario.

Mario, sin separarse de Cosette, subió con aire triunfante la escalera misma por la que le habían subido moribundo. Los pobres los bendecían, agrupados delante de la puerta, repartiéndose las limosnas.

Por todas partes se veían flores. La casa estaba tan perfumada como la iglesia. Creían oír voces en lo infinito; sentían á Dios dentro del alma; el destino se les aparecía como una techumbre de estrellas, y sobre sus cabezas divisaban la claridad del naciente sol.

Sonó el reloj. Mario contempló el gracioso brazo desnudo de Cosette y la rosada garganta, entrevelada por los encajes del vestido, y la jóven, observando la mirada de su esposo, se ruborizó.

Estaban convidados muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand, que



GUILLENORMAND BRINDÓ POR LOS NOVIOS.

se agolpaban alrededor de Cosette y la llamaban á porfía señora baronesa.

El lancero Teodulo, que era ya capitán, vino de Chartres, donde se hallaba de guarnición, para asistir á la boda de su primo. Cosette no le conoció; él tampoco, acostumbrado como estaba á que las mujeres le encontrasen seductor, no se acordaba de Cosette ni de ninguna.

—Bien hice en no creer el cuento de este estúpido lancero, decía para sí el señor Gillenormand.

Cosette nunca habia manifestado más cariño á Juan Valjean: mientras el abuelo expresaba su alegría por medio de aforismos y de máximas, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas que son felices desear que las demás lo sean. Para hablar á Juan Valjean buscaba las inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y le acariciaba sonriéndole.

Un banquete estaba preparado en el comedor, espléndidamente iluminado. En el centro, sobre la mesa blanca y resplandeciente, destellaba reflejos de mil colores una araña de Venecia, en la que ardian sinnúmero de bujías, y deslumbraban con su brillo espejos, cristalería, vajilla, porcelana, loza, cubiertos y candelabros de plata. Los huecos que formaban los candelabros unos entre otros, los ocupaba tal profusion de ramos, que donde faltaba una luz habia una flor. En la antecámara, una flauta, dos violines y un violoncello ejecutaban á la sordina cuartetos de Hayden.

Juan Valjean ocupaba una silla en el salon, detrás de la puerta, cuya hoja casi le ocultaba. Momentos antes de sentarse á la mesa, Cosette fué hácia él y le hizo una gran reverencia, cogiendo entre los dedos la saya de su vestido de novia y preguntándole:

—Estais contento, padre?

—Sí, muy contento, contestó Juan Valjean.

—Pues entonces reios.

Juan Valjean se sonrió.

En seguida vino Basco á anunciar que la sopa estaba servida.

Los convidados entraron en el comedor, precedidos por el señor Gillenormand, que daba el brazo á Cosette, y se fueron colocando alrededor de la mesa.

Habia dispuestos dos sillones grandes á la derecha y á la izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand y el segundo para Juan Valjean;

el abuelo ocupó el suyo, pero el otro sillón permaneció vacío.

Entonces buscaron al señor Fauchelevent, pero ya no estaba allí.

El señor Gillenormand preguntó á Basco:

—Sabes dónde está?

—Señor, respondió Basco, acaba de salir, encargándome que os dijera que la mano enferma le hacia sufrir mucho y le impedía sentarse á la mesa con el señor baron y la señora baronesa. Que rogaba le dispensara y que vendria mañana á primera hora.

El sillón vacío entibió un instante la efusion del banquete nupcial; pero si el señor Fauchelevent se ausentó, estaba allí presente el señor Gillenormand, y éste valia por dos.

Dijo que si el señor Fauchelevent no se encontraba bien, obró con prudencia retirándose, y que esto no merecia la pena de affigirse. Esta declaracion bastó. ¿Qué significa un rincón oscuro en medio de una inundacion de alegría?

Cosette y Mario se hallaban en uno de esos momentos egoistas y bienaventurados, en los que todas las facultades se concentran en la percepcion de la felicidad.

Al señor Gillenormand se le ocurrió una buena idea.

—Pardiez! Ya que ha quedado vacío ese sillón, ocúpalo tú, Mario. Tu tia, aun que le asista derecho para retenerte á su lado, te lo permitirá. Siéntate en el sillón. La ley y el amor así lo disponen. Fortunato junto á Fortunata.

Estas palabras fueron acogidas con aplauso general. Mario ocupó al lado de Cosette el sillón destinado á Juan Valjean, y las cosas se arreglaron de manera que Cosette, que al principio estaba triste por la ausencia de Juan Valjean, acabó por alegrarse del cambio. Mario ocupó el indicado sillón, y poco despues reinaba el júbilo y la risa de un extremo á otro de la mesa.

A los postres, el señor Gillenormand, de pié, con su copa de vino de Champagne en la mano, medio llena, para que el temblor de sus noventa y dos años no lo hiciera derramar, brindó por los novios.

—No os librareis de dos sermones, exclamó. Por la mañana habeis oido al cura, por la noche oireis al abuelo. No os voy á dar más que un consejo; que-reos mucho. No os voy á manifestar más que un solo deseo; el de que seais felices. Las tórtolas son los únicos sábios de la

creacion. Los filósofos dicen: "Moderad la alegría." Yo digo: "Soltadle las riendas." Los filósofos desbarran, y yo quisiera hacerles tragar su filosofía. ¿El amor puede ser nunca demasiado? ¿En agradarse mutuamente puede haber exceso? Eso son disparates! Por mucho que se disfrute siempre se disfruta poco, porque la vida es corta y lo mismo la felicidad. ¡Váyanse al diablo todos los filósofos que quieren que moderemos la alegría! La sabiduría consiste en divertirse. El amor es poderoso y la mujer es omnipotente. Preguntad al demagogo Mario si no es esclavo con mucho gusto de la tiranuela Cosette. No hay ningún Robespierre capaz de resistir á la mujer. La mujer reina. Desde hoy en adelante solo seré realista de ese trono. ¿Qué es Adán? Es la monarquía de Eva, y para Eva no hay 1789. La Revolucion hizo pedazos, como si fuera de paja, el cetro real, que corona la flor de lis; el cetro imperial, que corona el globo; el cetro férreo de Carlo-Magno, el cetro de oro de Luis el Grande; pero nadie se rebela contra el pañuelito bordado que huele á pachulí. De qué proviene su solidez? De que es un pedazo de trapo. Representais el siglo diez y nueve. Y qué? Nosotros representamos el siglo diez y ocho y hemos sido tan imbéciles como vosotros. No os figureis que el universo ha progresado mucho porque su mata-gente se llame el cólera morbo y su agita-piernas se llame la cachucha; en el fondo es preciso amar siempre á las mujeres. Os desafío á escapar de ellas. Esos diablillos son nuestros ángeles. El amor, la mujer y el beso, forman un círculo del que no se puede salir: en cuanto á mí, de buena gana volvería á entrar en él. Mario peleaba hace seis meses, y hoy se casa; hace perfectamente. Mario y Cosette tienen razon. Existid el uno para el otro, embebecos amándoos y hacednos reventar de envidia á todos. Coged con vuestros dos picos las ramitas de felicidad que hay en la tierra y construíos un nido para toda la vida. Amar y ser amados es el gran placer de la juventud, pero no creais que lo habeis inventado vosotros; tambien yo he soñado, tambien yo he querido, tambien yo he tenido una alma radiante de luz. El amor es un niño de seis mil años que tiene derecho á una gran barba blanca; Matusalén es un chicuelo al lado de Cupido. El hombre y la mujer se aman desde hace sesenta siglos. El diablo, que es maligno, aborrece al hombre, y el hombre, que es más maligno que el

diablo, ama á la mujer; de lo que resulta un bien mayor que el mal que le ha hecho el diablo. El amor es tan antiguo como el Paraiso terrenal. La invencion, aunque es tan vieja, conserva, sin embargo, toda su novedad. Habeis robado á la lotería un número premiado, el amor en el sacramento; ya que habeis conseguido el premio gordó, guardadlo bajo llave, no lo malgastéis; adoraos y no os cuideis de lo demás. Creedme; sed una religion el uno para el otro. Soy viejo, segun dicen, pero tengo bríos de joven. Me casaria de buena gana si encontrase con quién. Es imposible imaginar que Dios nos destine para otras cosas que para idolatrar, arrullar y galantear; tal debe ser el objeto de la vida. Así pensábamos los viejos de mi tiempo cuando erámos jóvenes. ¡Qué preciosas mujeres habia en mi época! Qué palmitos! ¡Qué pimpollos! Aquello era una viña. Amaos eternamente. Si los jóvenes no se amasen, no sé de qué serviria la primavera: por mi parte rogaria á Dios que encerrase las maravillas que nos pone de manifesto, que nos privase de verlas, que volviese á meter en sus cajones á las flores, á los pájaros y á las mujeres hermosas. Hijos míos, recibid la bendicion de vuestro abuelo.

Pasaron la noche alegremente; el buen humor del anciano dió tono á la fiesta, y todos correspondieron á su cordialidad casi centenaria. Se bailó un poco, se rió mucho; fué una boda segun la costumbre del antiguo régimen.

Despues de tanto ruido la casa quedó en silencio.

Desaparecieron los novios.

Poco despues de la media noche, la casa del señor Gillenormand se transformó en templo. Nos paramos ante el umbral de la noche de bodas, en el que se destaca un ángel en pié, sonriéndose y con el dedo sobre los labios. El alma queda sumida en la contemplacion, ante el santuario donde se celebra el sacrificio del amor.

Deben salir resplandores por encima de esas casas. La alegría que contienen debe traspasar las paredes, convertidas en claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Es imposible que esa fiesta sagrada no envíe al infinito celestiales resplandores. El amor es el crisol sublime donde se verifica la fusion del hombre y la mujer; de él sale el sér uno, el sér triple, el sér final, la trinidad humana. El amante es sacerdote; la virgen, enagenada, se asusta. Algo de ese goce sube

hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir, amor, hay idealismo.

Si la pupila material pudiese percibir las visiones, ora terribles, ora agradables, de la vida superior, probablemente veria las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules de lo invisible, inclinar satisfechos sus cabezas sombrías alrededor de la casa luminosa y bendecir á la tímida y virginal esposa, reflejando la felicidad humana en sus rostros divinos. Si en esa hora suprema los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirian en su cuarto ruido de alas. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. La oscura alcoba tiene por techumbre el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que por encima de ese beso inefable no haya un estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas son las únicas felicidades verdaderas; no hay verdadera alegría fuera de estas alegrías. El amor es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar ó haber amado basta. No pidais nada más. No se encuentra otra perla en el mar de la vida. Amar es una consumacion.

III.

La inseparable.

¿Qué se habia hecho Juan Valjean? Despues que se sonrió, obligado por Cosette, aprovechando un momento en que nadie le miraba, se salió á la antecámara, que era la sala misma donde ocho meses antes entró lleno de cieno, de sangre y de polvo, conduciendo al nieto moribundo á casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba entonces adornada con hojas y con flores, y los músicos ocupaban el canapé en el que depositaron á Mario. Basco, vestido de negro, calzon corto, medias y guantes blancos, arreglaba coronas de rosas alrededor de los platos que iban á servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo con cabestrillo, y se marchó despues de cargarle que explicase el motivo por qué se iba.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pié é inmóvil en la oscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. El confuso ruido del ban-

quete llegaba hasta allí; estaba escuchando. Oia la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y de los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, la voz gozosa de Cosette.

Dejó la calle de las Hijas del Calvario y se volvió á la del Hombre-Armado; entró en su casa, encendió la vela y subió. En la habitacion no habia nadie; ni la tia Santos. Las pisadas de Juan Valjean hacian más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos. Penetró en el cuarto de Cosette. La cama no tenia sábanas. La almohada de cutí, sin funda y sin guarniciones, estaba sobre las mantas, dobladas al pié de los colchones, en los que nadie habia de acostarse ya. Los pequeños objetos femeninos que apreciaba Cosette no estaban allí; solo quedaban los muebles grandes y las cuatro paredes. La cama de la tia Santos ofrecia el mismo aspecto; solo su cama estaba hecha y parecia esperar que se acostase.

Juan Valjean miró las paredes; cerró las puertas de algunos armarios y visitó una habitacion tras otra.

Despues volvió á su cuarto y dejó la vela sobre una mesa.

Sacó el brazo del cabestrillo y se sirvió de la mano derecha como si la tuviera sana.

Se acercó á su cama, y no sabemos si por casualidad ó por intencion, sus ojos se fijaron en la *inseparable* que dió celos á Cosette, en la maleta que no se separaba nunca de él.

El 4 de Junio, al llegar á la calle del Hombre-Armado, la colocó sobre un velador junto á la cabecera de su cama.

Se dirigió al velador, tomó una llavecita de su bolsillo y abrió la maleta.

Fué sacando de ella poco á poco los vestidos que diez años antes se habia llevado Cosette de Montfermeil; primero el traje negro, despues el pañuelo negro tambien, en seguida sus zapatos de niña, el justillo de bombasí tupido, las enaguas de punto de media, el delantal y las medias de lana. Era el traje de luto que Juan Valjean llevó á Montfermeil para Cosette.

A medida que lo iba sacando de la maleta iba dejándolo sobre la cama.

Estaba pensativo. Le asaltaban muchos recuerdos. Se acordaba de que fué en invierno, en un Diciembre muy frio, que la pobre criatura tiritaba medio desnuda cuando él la hizo dejar sus andrajos y vestir aquel traje de luto. Pensaba

en el bosque de Montfermeil, que acompañó de Cosette, en el corazón del invierno, cuando los árboles no tenían hojas, ni la selva pájaros, ni el cielo sol, y que así y todo, atravesaron el bosque con embeleso.

Colocó ordenadamente las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto á las enaguas, las medias cerca de los zapatos, el justillo cerca del traje, y las contempló, diciéndose:—Esta era su estatura; llevaba en brazos la muñeca, se había guardado en el delantal el luis de oro, se reía, íbamos los dos asidos de la mano y solo contaba conmigo en el mundo.

Al decir esto, su cabeza blanca y venerable cayó sobre el lecho; quebrantóse su corazón estóico; su faz se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si álguien hubiese pasado entonces por la escalera, le hubiera oído sollozar angustiosamente.

IV.

Inmortale Jécur.

La antigua y formidable lucha que entablaba con la vida Juan Valjean comenzó otra vez para él bajo nueva fase.

Jacob no luchó con el ángel más que una sola noche; pero Juan Valjean luchó muchas veces en la oscuridad á brazo partido con su conciencia. Lucha inaudita, en la que en ciertos instantes el pié se desliza y en otros el suelo se hunde. Muchas veces su conciencia, al precipitarle hácia el bien, le había estrechado y comprimido. Muchas veces la verdad inexorable le hincó la rodilla en el pecho, derribándole, y á impulsos de su luz él imploraba su gracia. Muchas veces esa implacable luz que el obispo encendió en él le había deslumbrado cuando deseaba ser ciego. Muchas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, oyó su conciencia irritada, que le gritaba al oído:—;Eso es una evasiva, eres un miserable!

En esa lucha secreta recibió crueles heridas, que solo el veía cómo destilaban sangre; y muchas veces se irguió sangriento, destrozado, con la desesperación en el alma, pero con la serenidad en la conciencia, y siendo vencido comprendía que era vencedor; quedábase entonces en paz consigo mismo, pero, ¡qué lúgubre paz despues de lucha tan sombría!

Esta noche, sin embargo, conoció Juan Valjean que empeñaba su postrer combate en una cuestión dolorosa.

Las predestinaciones no siempre caminan rectas ante el predestinado; tienen callejuelas sin salida, travesías oscuras y encrucijadas que alarman, porque ofrecen la dificultad de la elección. Juan Valjean se había parado ante la más peligrosa de las encrucijadas.

Se encontraba en el cruzamiento más complicado de las sendas del bien y del mal. Como le sucedió en otras peripecias dolorosas, se abrian ante él dos caminos; uno tentador y el otro angustioso. ¿Cuál elegiría?

Le señalaba el segundo el misterioso dedo indicador que todos divisamos cuando fijamos la vista en la oscuridad: tenía que elegir otra vez entre el puerto terrible y la emboscada risueña.

¿De qué modo iba á obrar Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y de Mario? Él deseó, él construyó su felicidad, digámoslo así, por más que esta dicha le destrozase las entrañas; y ahora, contemplándola, experimentaba la especie de satisfacción que sentiría el armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo que se sacase humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo; todo lo poseían, hasta la opulencia, y se lo debían á él.

Ahora que eran felices, ¿qué le correspondía hacer á Juan Valjean? ¿Imponerse á su felicidad? ¿Gozarla como si fuese cosa suya? Cosette era ya de otro. ¿Continuaría siendo su padre adoptivo como hasta aquí? ¿Se introduciría tranquilamente en casa de Cosette? ¿Uniría al porvenir de ella su pasado? ¿Posaría sus piés en la apacible chimenea del salón del señor Guillenormand, sus piés que arrastraban tras sí la infamante reprobación de la ley? ¿Participaría de la suerte reservada á Cosette y á Mario? ¿Intercalaría su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Callaría su pasado, ó sería al lado de aquellos dos seres dichosos el nudo siniestro del destino?

Preciso es estar habituado á los golpes de la fatalidad para atreverse á alzar los ojos, cuando ciertas cuestiones se presentan con su desnudez horrible. El bien y el mal se hallan detrás de ellas. ¿Qué vas á hacer? nos pregunta la esfinge.

Juan Valjean, que estaba acostumbrado á semejantes golpes, miró fijamente á la esfinge.

Examinó el terrible problema bajo todas sus fases.

Cosette era la tabla de salvación de aquel naufragio. ¿Se asiría á ella fuertemente ó la soltaría? Si se asía, se libraba del desastre, volvía á ver el sol, se salvaba: si soltaba su presa, entonces caía en el abismo.

Pedia consejo angustiosamente á su pensamiento; mejor dicho, peleaba furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con su convicción.

Fué una dicha para Juan Valjean haber podido llorar: esto quizás le iluminó. Al principio, esto no obstante, la tempestad tomó aspecto horrible, desencadenándose con más violencia dentro de él que cuando le impulsó á ir á Arras. El pasado se le aparecía ante él: comparaba y sollozaba. Cuando se abrió la esclusa de sus lágrimas se sintió como detenido.

Pero en el pugilato entre el egoísmo y el deber, á pesar del doloroso combate, la conciencia no existe jamás. Bruto, Caton, adoptad el partido que queráis. La conciencia no tiene límites, es como Dios. Se arroja en su pozo el trabajo de toda la vida, la riqueza, los triunfos, la libertad, la pátria, el bienestar, el reposo, la alegría. A veces es preciso también arrojar el corazón. En la espesa bruma del infierno antiguo hay un tonel parecido á este pozo.

¿No es digno de perdón el que al fin sucumbe? ¿Es que puede exigírsenos lo inagotable? ¿Es que las cadenas interminables son compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaría que Sísifo y Juan Valjean gritasen: "Basta?"

El razonamiento limita la obediencia de la materia, y debe tener límites la obediencia del alma. Si el movimiento perpétuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegación perpétua?

El primer paso es obvio; el último es el difícil. ¿Qué significa el asunto de Champmathieu, comparado con la boda de Cosette y sus consecuencias? ¿Qué valía volver á presidio, en comparación de perder lo único que se ama en la vida?

Juan Valjean, despues de esta espantosa lucha, quedó sumido en la calma del anonadamiento. Pensó, meditó y comparó las alternativas de la misteriosa balanza de luz y sombra, y vió que, ó tenía que imponer su presidio á los dos jóvenes dichosos, ó consumir él mismo su irremediable sumersión. En un platillo de la balanza estaba el sacrificio de Cosette y en el otro su propio sacrificio.

TOMO II.

¿Qué respuesta definitiva dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir?

Su meditación vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció allí hasta el amanecer, en la misma actitud, doblado sobre el lecho, aplastado por el peso de su destino, con los puños crispados, con los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado y colocado allí boca abajo.

Así pasó las doce horas de una larga noche de invierno, sin levantar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento se arrastraba por la tierra ó subía hasta las nubes, ya como hidra, ya como águila. Viéndole sin movimiento podía creerse que estaba muerto; pero de pronto se estremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, los llenó de besos; aun vivía.

El único testigo de su inmenso dolor fué el sér que vé en las tinieblas.

LIBRO SÉPTIMO.

Las heces del cáliz.

I.

El séptimo círculo y el octavo cielo.

Las tornabodas son solitarias. Se reseta el recogimiento de los novios y su sueño retardado. La baraunda de las visitas comienza ese día muy tarde. El 17 de Febrero, despues de las doce, Basco oyó dar un ligero golpe en la puerta, sin tocar la campanilla, conducta discreta en semejante día.

Basco abrió la puerta y entró el señor Fauchelevent. Le introdujo en el salón, que estaba aun revuelto y ofrecía el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la vispera.

—Se ha levantado ya tu señor? preguntó Juan Valjean.

—Cuál, el antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—El señor baron? repuso Basco con aire vanidoso.

A nadie como á los criados les suenan bien los títulos. Parece que les toca algo de ellos; les alcanza lo que un filósofo llamaría las salpicaduras, y esto les lisonjea.